

Conocimiento científico

(Determinación geoestratégica en el Mediterráneo)

Román Reyes

Universidad Complutense de Madrid

La historia de la ciencia nos muestra cómo el conocimiento para el que se solicita el rango de científico ha sido progresivamente insertándose en su correspondiente contexto histórico-social. No de otra manera un conocimiento de tal naturaleza podría legitimarse como ocupación al más inmediato y prioritario servicio que de él la sociedad contemporánea demandara.

No hay mayor inconveniente en admitir que difícilmente hoy podría hablarse de producción científica al margen del proceso general de producción. Sobre ello hay registrada suficiente y significativa literatura. Tan sólo caben ya discusiones teóricas al respecto, justificadas académicamente por el respeto que a los viejos textos ha de otorgarse.

Este giro teórico-crítico supone una real y directa vinculación de la ciencia a los intereses específicos de cada pueblo en el momento actual de su desarrollo.

Estoy convencido de que la vieja disputa acerca de la pretendida neutralidad del quehacer científico ha quedado definitivamente relegada ante la fuerte incidencia de su desarrollo tecnológico en los contextos sociales oportunos.

Al menos, nadie -de adscripción política o científico-investigadora progresista considera serio darle mayor importancia al tema de la que históricamente tuvo, a pesar de que en los ámbitos de influencia de las dictaduras actuales se pretende mantener la ficción de un progreso científico desligado de sus connotaciones ético sociales.

Y si ciertamente en esta línea se va consiguiendo mucho, es en la medida en que definitivamente, hoy en día, no se mantiene la tesis tradicional de la dependencia y subordinación de la ciencia a un determinado poder político-social coyuntural, por muy legitimado que éste se considere.

El pueblo -en su más amplia concepción y organización- pasa así a ocupar el protagonismo que antes desempeñaban los diversos grupos de presión/opresión.

1. Si nos centramos en la producción de conocimientos científicos en el área geográfica y cultural que nos corresponde, hemos de afirmar que dicha producción, aun estando determinada por el espacio específico que la posibilita y legitima -es decir, los centros de docencia y de investigación-, tiene asimismo su origen y/o configuración en otro espacio menos acotable: las condiciones socio-políticas y culturales -en tanto que filtros de referencia y de adscripción que por igual determinan a productores, dispensadores del producto y usuarios. Esto es, aquí es altamente relevante la inserción social de científicos/investigadores, manipuladores tecnificados de los resultados -desde los massmedia al Estado- y ciudadanos en general.

2. En línea con lo anterior, el problema del intercambio justo cobra en nuestro ámbito connotaciones específicas: no puede fijarse a priori y de un modo inamovible tipos estándares de oferta y de demanda.

Si la ciencia está verdaderamente al servicio de sus legítimos destinatarios, deben ser éstos quienes, en el ejercicio de su libertad -nunca restringida, ni jamás vigilada-, establezcan la escala de prioridades y el grado de perentoriedad de cada una de las perspectivas, carencias, necesidades y aspiraciones. Ello supone sentar las bases para una progresiva instauración de un nuevo orden internacional científico-técnico, necesariamente beligerante frente a cualquier forma de absolutismo que se quiera perpetuar.

3. Este posicionamiento crítico de los ciudadanos de los Estados del Mediterráneo supone la mejor de las legitimaciones posibles que cualquier correspondiente Gobierno necesite para, no sólo organizar la producción de conocimientos, sino también para ordenar la pluralidad de éstos a la hora de ofertar una visión global diferente, y un mundo, a continuación, igualmente diferente en condiciones de mejor y más equilibrado disfrute.

4. Queda así cuestionado el modelo de sociedad, al tiempo que el concepto de realidad social, regulador de ese modelo.

Y si bien la estimación de realidad es algo que el ciudadano vive y el científico registra, no es menos cierto que es el Estado quien la fija y administra. De ahí la necesidad de apertura/tolerancia de los gobernantes hacia corrientes alternativas de pensamiento que primen los intereses del pueblo por encima de otros que le sean directamente ajenos.

En los regímenes totalitarios no existe posibilidad alguna de activar mecanismos de feedback entre el Estado y la sociedad. En ellos, ésta no se considera un conjunto de hombres libremente organizados de acuerdo con pautas de comportamiento que regulan determinados esquemas lógico-conceptuales y culturales. La sociedad como plano de referencia es allí mucho antes que los hombres que la integran y dan sentido: los ciudadanos, una vez más al servicio de la estructura y no al revés.

Es por ello que la larga y sólida tradición cultural que está a las espaldas de los pueblos del Mediterráneo -más allá de la pluralidad de estas culturas- les diferencia de otros pueblos más recientes -cuyo prototipo sería EE.UU.-, mosaico de culturas importadas en circunstancias poco propicias, y foco de reiteradas y antagónicas tensiones internas, que proyectan prepotentemente hacia el resto de países ideológicamente no afines, con menos recursos económicos y escasas posibilidades de autodefensa.

5. En nuestro ámbito no existe, pues, dificultad alguna a la hora de afirmar que real es aquello que, socialmente, por la mayoría, es considerado en un momento histórico y en un espacio geo-antropológico determinados.

Este conocimiento espontáneo -al alcance de cualquier ciudadano- es el punto de partida de todo proyecto científico que se pretenda revolucionario. El arraigo social del conocimiento científico queda así garantizado. Si bien la tendencia del ciudadano a mantenerse dependiente de un determinado y usual esquema de comportamiento y relación es notable, es igualmente cierto que hoy en día existen mecanismos más o menos sofisticados -más o menos coercitivos-, no sólo para convencer a esos ciudadanos de lo contrario, sino también, y especialmente, para poner las condiciones específicas de readaptación no traumática a un nuevo esquema que reemplace, por su mejor adecuación y eficacia, al hasta entonces vigente.

Y esto no es otra cosa que el contemporáneo ejercicio del nuevo modelo de progreso, paradójicamente más armónico e integrador que los tradicionales, al devolver el protagonismo a su verdadero agente: el ser social, el hombre histórico, el ciudadano de nuestro más inmediato entorno. . . ; es indiferente el nombre que se le dé.

Así, no han existido mayores impedimentos para pensar en la organización coordinada de la producción científico-técnica a nivel europeo, con la creación de universidades y centros de investigación interestatales y supranacionales. Pienso, no obstante, que es posible aún ampliar el proyecto a la totalidad del área de influencia que nos ocupa.

Afirmo, pues, a manera de conclusión, que el conocimiento científico contemporáneo está especialmente determinado en nuestro espacio común.

Afirmo, asimismo, que esa específica determinación nunca sería un obstáculo a superar si queremos garantizar el progreso. Antes bien, esa determinación se convierte en elemento crítico altamente valioso, a tener en cuenta a la hora de concebir un programa de investigación, de seleccionar las herramientas metodológicas que lo posibiliten y de formular las correspondientes teorías-resultados.

Afirmo también que en la era de las intercomunicaciones, el ciudadano de hoy necesita más que nunca autorreconocerse a través de la noticia -saber qué sucede para posicionarse frente al suceso-.

Precisamente esta apremiante necesidad le expone gravemente a la confusión y al desarraigo: a considerar verdadero aquello que nunca lo fuera o que, de serlo, no tendría la importancia ni prioridad que los mass-media -y sus derivaciones en los procesos de socialización- pudieran darle.

Una educación popular en este sentido es factible desde gobiernos que administran los intereses de ciudadanos especialmente dotados para el ejercicio de la libre receptividad crítica, como es nuestro caso.

Afirmo, por último, que es necesaria la cooperación internacional en la materia para evitar tanto la dispersión y pérdida de aislados y valiosos esfuerzos cuanto el anquilosamiento y difusión de un saber tan lúcido y liberador como el que pudiera coordinadamente producirse en, y prioritariamente para, los pueblos del Mediterráneo, libres de cualquier tipo de agresión político-ecosocial, militar y económica: modernas y tristemente habituales formas violentas de neocolonialismo y dependencia.